



Miguel Galindo Artés
PROFESOR DE LENGUA Y LITERATURA
IES "JUAN GOYTISOLO" DE CARBONERAS

El retrato literario de Juan Ramón Jiménez a Nicolás Salmerón

Ya destacamos en *El Eco de Alhama* (nº 25) el interés que suscitó la personalidad de don Nicolás como personaje de novela, nuestra sorpresa ha sido comprobar que el poeta de Moguer escribiera una «caricatura lírica», fechada en 1908, escrita en 1932 y publicada en el diario *El Sol* de Madrid ese mismo año y después incluida en el libro *Espanoles de tres mundos* (1942). En este libro, dedicado a España, América y la Muerte, la estampa del político y filósofo alhameño ocupa el tercer lugar y se agrupa con las «caricaturas» de poetas y pintores.

Es llamativo que sea la única estampa incluida de un político, no ya del siglo XIX, sino también del siglo XX. Corresponde a la parte subtitulada «Muertos transparentes» y la completan los retratos de Bécquer (1), Eduardo Rosales (2), Rosalía de Castro (4), Bernardo López García (5), José Martí (6), Isaac Peral (7), José Asunción Silva y Tomás Meabe.

Para abordar su lectura conviene tener en cuenta algunas apreciaciones. En primer lugar el doble sentido complementario que proyecta el autor: uno plástico, pictórico, de orden exterior, objetivo, retrato o caricatura, y otro íntimo, de orden interior, subjetivo, evocado en su memoria. Si la primera efigie en la que se detiene corresponde a la que representa al presidente de la I República y la segunda representa al político de la campaña de 1903 con el partido *Acción Republicana*, concretamente a la foto publicada en *Alma Española*, no obstante Juan Ramón nos da la pista certera para saber de cuál efigie se trataba. Aquella que figuraba en color verde gris, estampada en los sellos de correo que valía 15 céntimos y se puso en circulación en julio de 1932¹. Debió de impactarle la imagen del filósofo impresa en ellos, aquel rostro familiar del desaparecido político entusiasta cuando sus años de formación, le removería los recuerdos de esos dorados años de principios de siglo, acompañado por los doctores krausistas Simarro y Achúcarro, y su devoción hacia Giner de los Ríos. Así que se puso pronto a la redacción del retrato, caricatura lírica, que enviaría al diario *El Sol*. Formaban parte de una sección titulada «Héroes españoles variados», que Juan Ramón mantenía en ese diario desde 1930 (se agrupaban Solana, Fernando de los Ríos, Giménez Caballero, Jarnés y Salmerón). Es clara la admiración intelectual que siente hacia el catedrático de metafísica Nicolás Salmerón, siendo estos los rasgos predominantes destacados, como se observa en las expresiones relacionadas con su labor de filósofo: «español más absorto en el positivismo poético de su tiempo; introductor de filosofía alemana y francesa, internador de libros superiores, acoplador en su palabra hablada y escrita, difícil empresa, de la palabra filosófica última de otros dos idiomas, tan diferentes las tres en tamaño y sonido internos y externos: krausista, comtiano, "monista"; en fin, cuenta propia». Sin duda esta independencia de espíritu, este saber filosófico del momento y ese armonismo krausista atraían a todos los jóvenes y es lo que más llamó la atención del joven Juan Ramón de principios de siglo.



Juan Ramón en apenas tres páginas proyecta caleidoscópicamente los distintos recuerdos que le evocan el sello verde de correo con la estampa del rostro de don Nicolás. Siguiendo un orden cronológico, indaga en sus recuerdos de niño cuando visitó una barraca de feria en Huelva: «O tal vez me parezca más así porque yo niño lo vi casi vivo o sobrevivo, figura terrible de cera de aquella larga barraca, tren anclado de lona en la Cinta de Huelva». La imagen que recuerda responde al rostro que figura en la estampa del sello, pero ahora de medio cuerpo y con el atuendo de Presidente de la Iª República: «Pálida, ebúrnea la carne de cara y manos; la levita negrísima, con la banda tricolor terciada encima y un lazo a la cadera izquierda; los ojos imponentes de quietos, como indefectibles, animados aparatos ópticos». Es el famoso retrato que figuraba en la «Galería de la Primera República Española», como describe Juan Ramón: «En la entrada de la cámara, un letrado azul, luz triste». Sin embargo él prefiere otra estampa de Salmerón, aquella a la que acudía él solo, también presente en aquella exposición:

“ ¿Dónde encontrar hoy los trozos esparcidos de aquel monismo racional positivista que estudiábamos con tal ahínco en la universidad de Sevilla? ”



Imagen de Juan Ramón
Jiménez en 1930.

“ barraca de feria popular, campamento museo nacional portátil, cementerio traqueteado de caballeros ilustres. En estas barracas de feria aparece un pedestal al que no llegaba nadie y que rezaba: «Presidente, Filósofo, Orador», allí acudía una y otra vez, así leía «Orador, Presidente, Filósofo», con banda bandera roja, amarilla, morada, al pecho, que se mostraba al pueblo desde el fondo de las desiertas tiendas cúbicas de lona». ”

Esta última es la imagen que mejor recuerda:

“ Nicolás Salmerón fue para mí, desde aquel confuso entonces, el apóstol incomprendido del final sin nadie de las galerías de muertos, ¿de vivos? ”

El signo de interrogación marca la frontera entre el objetivismo y el subjetivismo del recuerdo, la doble lectura que venimos proponiendo ejercitar para entender bien al poeta.

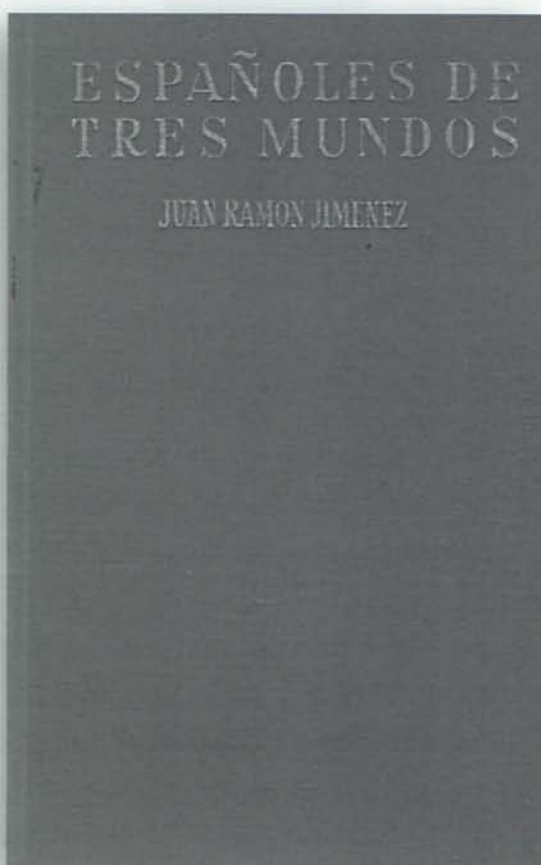
Nos interesa la caricatura escrita por JRJ por obvios motivos que vinculan a nuestro andaluz universal con nuestro paisano (el único presidente y filósofo en la historia de España), pero además por representar una clara muestra del «retrato serio», compuesto por aquellas figuras más formales (científicos, educadores, políticos, artistas -pintores, poetas, músicos-), ya fallecidos, pero también vivos. A estos últimos les correspondían «caricaturas», en algunos casos, de entes más pintorescos. Finalmente consideró que todos tenían algo de «caricaturas líricas» y así las definió su autor. Ahora bien, distingue claramente el tono de unas y otras. Sobre las estampas escritas de los fallecidos dice: «de los muertos, los que creo que conozco de vista o trato, en el pensamiento o en el sueño, como vivos». Por ello da nueva vida al poeta Bécquer, al pintor Eduardo Rosales, al héroe de la independencia cubana José Martí o al científico e inventor del submarino Isaac Peral.

De Nicolás Salmerón recuerda diversas instantáneas situadas en su ambiente. El retrato lo realiza hacia atrás en el tiempo y sigue una técnica fotográfica aprendida en el cine. En primer lugar el sello verde de correos con el rostro de Salmerón emitido en 1932 que desencadena y estimula «una plaza de imaginación, un salón de mi recuerdo», centrado en primer plano en los ojos. A continuación el segundo cuadro, formado por la opinión que le merecía al doctor Luis Simarro la figura del antiguo y heroico candidato republicano durante la campaña de 1903. Ya tenemos a don Nicolás de medio cuerpo. Después acude a la imagen retenida de sus recuerdos de niño (hacia 1895), cuando asistió a una exposición de retratos y figuras de cera, titulada «Galería de la Primera República Española», que se exhibió en Huelva, durante las fiestas de la Virgen de la Cinta, patrona de la capital, en los primeros días de septiembre. Y, finalmente, vuelve al presente, al momento de escritura, al primer plano, para ofrecernos su última estampa, su herencia, la última lección, la evocación subjetiva que le inspiran nuevamente esos ojos, su mirada, ahora proyectada sobre el presente de los años treinta.

**De Nicolás Salmerón
recuerda diversas
instantáneas situadas
en su ambiente. El
retrato lo realiza
hacia atrás en el
tiempo y sigue una
técnica fotográfica
aprendida en el cine.**

La yuxtaposición corresponde a una intención cinematográfica, caleidoscópica e impresionista, pero al mismo tiempo apunta al cubismo, a las dotes pictóricas basadas en el contraste, en este caso la clara confrontación entre la perspectiva del que mira, es decir, Juan Ramón y, no sólo los lectores actuales, sino también el propio modelo. Porque el retratado, Nicolás Salmerón, no deja de mirarle en ningún momento, siendo los ojos el hilo conductor que hilvana el aparente caos de varios retratos en uno. Es fácil constatar que la caricatura lírica gira en torno a tres palabras mágicas, a modo de estribillo, que resonaron cuando niño, se confirmaron en su juventud y ahora yacen para la posteridad en un sello de correo de 15 céntimos: «Presidente, Filósofo y Orador».

En cada una de las cuatro instantáneas describe el ambiente que rodea su encuentro con la figura retratada. En el momento presente, a través de esa mirada seria y fría que emana del sello, le trae el recuerdo de una efigie, una «estatua policromada» que provendría de su habilidad oratoria: «Nicolás Salmerón tallaba, esculpía, al hablar, su pensamiento». Pero se refuerza con la siguiente instantánea, ya evidente, de la figura de cera con las galas de Presidente de la República: «Pálida, ebúrnea la carne de cara y manos; la levita negrísima, con la banda tricolor terciada encima y un lazo a la cadera izquierda». Y la descripción de los detalles ambientales: «En la entrada de la cámara, un letrado azul, luz triste: "Galería de la Primera República Española"; en el pedestal figuraba la leyenda: «Presidente, Filósofo, Orador», insiste Juan Ramón:



Portada del libro de Juan Ramón Jiménez que recoge la caricatura lírica de don Nicolás Salmerón.

“ pero yo recuerdo mejor que ninguna otra su imagen...
Era la cámara última, y allí no llegaba nadie. ”

Juan Ramón se siente en ese momento dentro de la cámara y recuerda:

“ Yo iba corriendo, palpitante, todas las noches, y me quedaba absorto ante él, sólo con él, ¿con ellos?, en su aparte amarillento, alumbrado con varia, intermitente intensidad verdevioleta por el acetileno. Los otros niños, Perico García Morales, uno, se habían ido desinteresados o medrosos. Y yo me entraba y me salía ¿para qué? entre las figuras de cera y sus sombras elásticas, oleantes, dinámicas. ”

Un aspecto que conviene resaltar es que el retrato se redacta siguiendo un estilo barroco, donde se acumulan las adjetivaciones, se componen palabras nuevas (neologismos, también sustantivos: *maderapietra*), se usan los signos ortográficos con clara intención eufónica al servicio del ritmo y del pensamiento; por un lado, agilizan la lectura mediante la composición asindética y, por otro, destacan unidades más breves, de otras más complejas, dirigiendo nuestro ritmo de lectura en cada periodo. Al final resulta una caricatura lírica, es decir, un retrato en prosa ritmada, cantada, musicada. Para ello se necesita un *estribillo*, unos «versos» (en este caso, unos periodos rítmicos que se repitan en determinados momentos). Juan Ramón elige los ojos de Salmerón y todas las posibles evocaciones o ensoñaciones que su sensibilidad y maestría de poeta descubre, intuye, imagina y recrea.

Así comienza la caricatura:

“ Unos ojos dilatados (neto contraste, recorte de esclerótica y pupila), saltantes, fijos; convexos proyectores azabache de radiación estrahumana. Ojos un poco de otra raza, mejor espacio, acaso indos; de los primeros ojos preocupados, concienzudos, “modernos”, que nos da la fotografía pública de España. ”

El retratado, Nicolás Salmerón, no deja de mirarle en ningún momento, siendo los ojos el hilo conductor que hilvana el aparente caos de varios retratos en uno.



Retrato de Nicolás Salmerón realizado en Barcelona en el año 1903.

En apenas siete líneas, en el original, se organizan cuatro grupos de adjetivaciones en periodos trimembres que nos dan un total de doce términos para «pintar», «retratar» los ojos de Salmerón. Estos son: *dilatados, saltantes, fijos*; también: *convexos, azabache y estrahumanos*; a continuación recurre a otros grupos sintagmáticos: *un poco de otra raza, mejor espacio, acaso indos*, y terminar como empezó el párrafo: *preocupados, concienzudos, "modernos"*. De este modo llama la atención sobre los ojos de un sabio, de un héroe (*estrahumano, de otra raza*). Es la fuerza acumulada en esos ojos lo que le lleva al último adjetivo aislado: *ojos imanes, esa atracción que ejerce sobre el que lo mira con detenimiento, dejándose seducir por la imaginación*. Esa fuerza de atracción es la que le lleva a pensar en Salmerón. E inmediatamente enumera, mediante cláusulas simétricas, sus méritos destacando las siguientes cualidades: «el español más absorto en el positivismo poético de su tiempo: introductor de filosofía alemana y francesa, internador de libros superiores, acoplador en su palabra hablada y escrita, difícil empresa, de la palabra filosófica última de otros dos idiomas, tan diferentes las tres en tamaño y sonidos internos y externos: krausista, comtiano, "monista"², en fin, cuenta propia».

Cuando alcanzamos el segundo párrafo, bajo el recuerdo de la figura de cera en la Galería, vuelve a detallar su impresión sobre los ojos, dice así: «los ojos imponentes de quietos, como indefectibles, animados aparatos ópticos».

Al final del retrato volvemos a encontrarnos con sus ojos «me miran y miran a todas partes» y, de nuevo, las enumeraciones, los periodos simétricos, los signos ortográficos (comas, paréntesis, interrogaciones), nos guían:

“ Y los proyectores ojos del filósofo, brillantes por lo definitivo, me miran y miran a todas partes (prisa del que se tiene que ir a un estar sin réplica), imbuyendo pensamiento, amor, esfuerzo atesorados por la muerte, en el mármol, el ébano, el roble, el granito. Ojos azabache, con la ventana pequeñita de sol español de la tarde, sobre su limpia convexidad; sobrenegros, más plásticos que visibles, con íntimas fosforescencias rojas. Con lunitas españolas de la tarde del Retiro, en la despedida corta, ya al primer crepúsculo. ”

Aquellos «convexos proyectores azabache», con que daba comienzo su retrato en la primera línea, proyectan ahora bajo esa misma tonalidad, al final de su retrato: plasticidad, «fosforescencias rojas y lunitas españolas».

Una última apreciación hemos dejado para el final, la siguiente fotografía o instantánea; nos referimos a la descripción que Juan Ramón realiza del despacho de Salmerón en su casa de Madrid. Desconocemos si realizó esta visita o el domicilio de D. Nicolás podía ser visitado como sala de museo. Así cuenta esta última estampa, posible, soñada, más que real:

“ Nicolás Salmerón, después de la hora de mi almuerzo, ha vuelto un instante, para recibirme, de su panteón civil de español ilustre, a su romántico cuarto de trabajo, conservado en un plano particular secreto, sonora su oquedad, limpia en la siesta solitaria madrileña. Trae la blusa de escultor sobre la levita de orador, y entre los dos la bandera. Su mesa está como él la dejó, llena de cinceles, escoplos, buriles, escuadras. Piedras, palabras, maderas de muchas clases, matices y tamaños; unas sin tallar, a la izquierda, otras, talladas ya, pulidas, a la derecha; cubos, conos, esferas de otro blanco ya, otro gris, otro negro. Los libros se han hecho también maderapiedra. ”

Nicolás Salmerón en su despacho. Publicada en Alma Española de 24 de enero de 1904.



Estos neologismos (*maderapietra*), pocos, y bien distribuidos, también ejercen un papel organizador y secuenciador del retrato, atraen la atención poderosamente sobre los párrafos donde se insertan. En este caso se trata de una descripción propia de una mesa de un cofrade de la masonería, si no fuera por ese neologismo aplicado a los libros que alude indirectamente al final de un periodo y de un pensamiento petrificado, por ello los ojos brillantes del filósofo vuelven a recordarle la valentía del hombre que les dio sentido con su vida y con su esfuerzo, «ojos de otro espacio», pero que ahora en 1932 le inspiran la siguiente apreciación:

“ Luego, la desaparición y el tiempo lo hacen todo sencillo, vulgar casi todo. En este caso queda, sobre la ola fría del naufragio, una cabeza bella, heroica, granada, sin duda, de ideas nobles ... para los sellos de correo. ”

Aquella atracción del niño, entre curiosa y entusiasta, ante lo que pudiera suscitarle la combinación de aquellas mágicas palabras: Presidente, Filósofo, Orador, se avivó a principios de siglo y, en la mente de JRJ, sonaban ahora a Filósofo, Orador, Presidente. Para terminar sarcásticamente, a la vuelta de veinte años, en la cruel ironía y el sentido del humor que nos inspira comprobar su estampa «para los sellos de correo». Y si esto es así, la reacción de JRJ es de indignación:

“ Escultor de la palabra, silenciosos ya sus metales entre piedras del cuerpo y el alma. ¡Filosofía, España, metafísica! ¿Quién acopla estos bloques, estos tacos? ¿Quién combina hasta el orden el laberinto abierto del prodigioso mosaico? ¿Dónde encontrar hoy los trozos esparcidos de aquel monismo racional positivista que estudiábamos con tal ahínco en la universidad sevillana?... ”

El tiempo ha pasado, ahora mientras aguarda el almuerzo, en su casa de Madrid, en 1932, Juan Ramón se inspira en la efigie que figura en el sello de correos y termina expresando su íntima admiración al final de su retrato, dice así:

“ En este caso queda, sobre la ola fría del naufragio, una cabeza bella, heroica, granada, sin duda, de ideas nobles...., para los sellos de correo. Escultor de la palabra, silenciosos ya sus metales entre piedras del cuerpo y el alma. ¡Filosofía, España, metafísica! ¿Quién acopla estos bloques, estos tacos? ¿Quién combina hasta el orden el laberinto abierto del prodigioso mosaico? ”

Pero vuelve a la inspiración primera, sus ojos,

“ Los libros se han hecho también maderapietra. Y los proyectores ojos del filósofo, brillantes por lo definitivo, me miran y miran a todas partes (prisa del que se tiene que ir a un estar sin réplica), imbuyendo pensamiento, amor, esfuerzo atesorados por la muerte, en el mármol, el ébano, el roble, el granito. Ojos azabache, con la ventana pequeñita de sol español de la tarde, sobre su limpia convexidad; sobrenegros, más plásticos que visibles, con íntimas fosforescencias rojas. Con lunetas españolas de la tarde del Retiro, en la despedida corta, ya al primer crepúsculo. ”

Hemos recorrido tres estampas distintas del personaje, tomando como hilo conductor los ojos del hombre, su profunda mirada de pensador, de buceador de la verdad, la justicia, la conciencia, en sus correspondientes tiempos históricos (1895, 1903, 1932). Primero, mediante la evocación en los años de niño y ya Salmerón «redivivo», en la «Galería de Personajes Ilustres de la I República», durante la época de estudiante del niño Juan Ramón; después su prestigio de orador y, finalmente, el conjunto «Orador, Presidente, Filósofo», a través de la evocación que el sello verdinegro de correos le suscita en 1932.

En esta semblanza lírica Juan Ramón deja la caricatura para el ambiente, mientras expresa reiteradamente su admiración hacia el personaje. Tal es así que finaliza su recuerdo con la figura intimista del orfebre, del filósofo, del pensador: «Trae la blusa de escultor sobre la levita de orador», simboliza al filósofo que dará vida al político, quien a fin de cuentas se convertirá en una figura de cera para ser exhibida en un barracón de feria: «campamento museo nacional portátil, cementerio traqueteado de caballeros ilustres... Allí al lado estaban las tumbas vacías, arcones de madera y pellejo o lata, como las de las fieras, las serpientes.» Este hecho le reveló que: «Y Nicolás Salmerón fue ya para mí, desde aquel confuso entonces, el apóstol incomprendido del final sin nadie de las galerías de muertos, ¿de vivos?». Quizás, como apunta Juan Ramón Jiménez, de «muertos redivivos», es decir, transparentes, o sea eternos.

En esta semblanza lírica Juan Ramón deja la caricatura para el ambiente, mientras expresa reiteradamente su admiración hacia el personaje.

1- Véase a Horacio Pedraza Segura, «Salmerón en la filatelia», *El Eco de Alhama*, 25, 2008.

2- Posible alusión a las teorías de Darwin sobre el origen simiesco del hombre. También al monismo filosófico, que reduce toda la variedad de seres a una sustancia única.